Cuento de Navidad : Hugo, el borriquillo : cuento de Navidad del libro "Etwas andere Weihnachtsgeschichten"

Autor(en): **Hammel, Hanspeter**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero**

Band (Jahr): **33 (2006)**

Heft 6

PDF erstellt am: **29.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-908404

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

Hugo, el borriquillo

CUENTO DE NAVIDAD DEL LIBRO «ETWAS ANDERE WEIHNACHTSGESCHICHTEN» (CUENTOS DE NAVIDAD MUY ESPECIALES) DE MINU, PUBLICADO POR LA EDITORIAL OPINIO.

INDUDABLEMENTE, LO MÁS BONITO DE ESTAS FIESTAS siempre ha sido y es el árbol de Navidad. Pero para nosotros, el nacimiento era tan importante como el árbol, y Hugo, el borriquillo del nacimiento, el protagonista absoluto.

Hugo tenía su propia historia familiar, y la Navidad sin Hugo hubiera sido como una Nochebuena sin regalos: ¡una catástrofe!

Hugo era una creación de mi madre. La tía Marta nos dejó su nacimiento – con todo tipo de recomendaciones y advertencias: «¡tened cuidado, es una pieza del Barroco que heredé de mi familia!». Finni, mi tía abuela, frunció el ceño: «¿Es que ya había plástico duro en el Barroco?»

Aquello daba pie a batallas campales ante el árbol, pero ese es sólo el preludio de mi historia: A nuestra Familia de Nazareth de plástico le faltaba lo principal: el borriquillo. Y como en la catequesis habíamos oído hablar tanto del manso borriquillo del establo, estábamos profundamente decepcionados. «¿Pero dónde está el borriquillo?», gritamos llorando la primera vez que vimos a la Familia heredada de la tía Marta a los pies del árbol de Navidad. «La Navidad sin un nacimiento con borriquillo no es Navidad», dije enfurruñado. Y Rosie añadió: «Este San José mira muy raro, está de mal humor y...»

Acto seguido, la tía Marta nos llamó «panda de desagradecidos» y amenazó con desheredar a toda la familia. Mamá salvó inmediatamente la situación entonando un «Noooche de paaaaz». Y cuando todos se unieron al coro, nos susurró al oído: «Seguro que el año que viene, el Niño Jesús os trae un borriquillo...»

Y así fue: el 24 de diciembre, muy de mañana, se levantó un verdadero tumulto. Rosie se abalanzó hacia la puerta. Pero no había nadie. Sólo un paquete envuelto en papel blanco y con un lazo rojo muy grande.

«¡Mirad, mirad...! ¿Qué será?», decía mi madre fingiéndose sorprendida y dando palmadas. «¡Que lo abran los niños!», le dijo mi padre guiñándole un ojo. Luego sacamos a Hugo del papel de seda: Hugo, el borriquillo.

Muchos años después, mi madre nos contó cómo había recorrido la ciudad a toda prisa, buscando un borriquillo para el nacimiento. ¡Para nada! Había lechuzas y Niños Jesús, Vírgenes en todas las posiciones y San Josés con o sin bastón. Pero ni un borriquillo. Así que, como último recurso, compró un trozo de arcilla. Nos sonrió con picardía: «Ya conocéis mi vena artística, ¡NULA! Ya en el jardín de infancia era incapaz de hacer un pañito de ganchillo o pintar perchas. Pero esta vez tenía que lucirme. Por vosotros. Así que sólo quedaba una solución: ¡modelar y rezar!»

El resultado era de esperar: Hugo era un híbrido, algo entre una elefanta embarazada y un VW Golf aplastado. Pero ese era precisamente su encanto para nosotros. Le pusimos con la Sagrada Familia y, de repente, Rosie gritó: «No me vais a creer, pero el San José de plástico cascarrabias ha sonreído un poquito al ver a Hugo...»

Y así, año tras año, Hugo llegaba en el paquete blanco con su lazo rojo. Incluso cuando ya hacía mucho tiempo que éramos mayores, llamábamos siempre a mi madre la mañana de Nochebuena y le preguntábamos: «¿Ha llegado Hugo?»

«En el paquete blanco con el lazo rojo», contestaba mi madre al teléfono. Y la Navidad llegaba realmente cuando veíamos al borriquillo junto a San José.

Un día, mamá se nos fue y perdimos las ganas de celebrar las Navidades. Mi padre liquidó todos los enseres de la casa y me mandó la caja con los adornos de Navidad. Sólo muchos años después nos propuso: «Creo que deberíamos volver a adornar el árbol, como cuando vivía mamá. Tú tienes todo, incluso el nacimiento...»

Así que cubrí la casa con guirnaldas plateadas y adornos brillantes. Pusimos el árbol en el salón y colocamos el nacimiento.

Y entonces me di cuenta de que Hugo no estaba.

Avisé a toda la familia. Nadie sabía qué hacer. De Hugo se encargaba siempre mamá, era su obra. Todos los demás sólo nos encontrábamos al borriquillo en el paquete blanco con el lazo rojo y bajo el árbol.

Llegó el momento, los invitados esperaban en el salón para poder entrar en el cuarto de los adornos de Navidad. Encendí las velas del árbol, más solo que la una y con una gran tristeza, y de repente lo vi: Hugo, tan feo como siempre, asomaba detrás de una rama del abeto.

«¡Linda!», grité muy nervioso hacia la cocina. Linda entró histérica porque le había hecho dejar el asado que estaba preparando, y me gritó: «¿Qué pasa con el tonto burro? ... claro, yo poner ahí... hoy mañana suena el timbre muy pronto, yo voy a puerta, abro, ninguno allí, sólo paquete blanco con lasso rojo... abro y eso burro allí. Después he ponido en el árbol...»

Se fue corriendo a ver cómo iba el asado.

Miré el nacimiento. Hugo estaba allí, junto al malhumorado San José. Y casi, casi me pareció que, por un momento, había sonreído.

Hanspeter Hammel, alias -minu, es columnista y autor de libros, y vive en Basilea y Roma